

Año IV—Nº 18



Marzo de 1911

24

Noviembre 1912

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

“VIRYA”

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

La ciencia describe algunos de los atributos de las cosas, pero las causas originales que producen esos atributos permanecen desconocidos para ella, y permanecerán así hasta que sus poderes de percepción sean capaces de penetrar en lo invisible.

(FRANZ HARTMANN).

COLABORADORES:

ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ, J. S. GONZÁLEZ R.,
WALTER J. FIELD, JOSÉ MONTURIOL, ROBERTO BRENES MESÉN
M. ROSO DE LUNA, TOMÁS POVEDANO.

DIRECTOR:

TOMÁS POVEDANO

ADMINISTRACIÓN, EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, A. C.
APARTADO NÚMERO 220

SUMARIO:

La Condesa Wachtmeister	por Aímée Blech.
Por qué hemos olvidado nuestras vidas pasadas	Annie Besant.
Teosofía y Ciencia.	E. Jiménez Núñez.
Nuestra información sumaria acerca de Dios.	Edouard Schure.
El Deber.	G. P. R. P. G.
Más sobre el mismo tema.	Tomás Povedano.
Consciencia Cósmica.	Braulio Prego.
Asuntos diversos	

IMPRESA DE AVELINO ALSINA



DON JOSÉ XIFRÉ Y HAMEL

PRESIDENTE DE LA RAMA DE MADRID

"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO

PSICOLOGÍA, ETC.

En esta cita desfogues

AÑO IV

SAN JOSÉ, COSTA RICA, MARZO DE 1911

NUM. 18

La Condesa Wachtmeister

Necrología

ESTE nombre, que despierta en nuestros corazones un sentimiento de respeto, de afección y de reconocimiento, no dirá nada, seguramente, para la mayor parte de aquellos de nuestros miembros en Francia que no han conocido esta noble y valerosa mujer. Así es que, á ellos dirijo hoy mis palabras, al mismo tiempo que á aquellos que se asocien á nosotros en el homenaje que debe serle rendido; porque es bueno que los que pertenecen á la S. T. sepan algo referente á los obreros de primera hora, de aquellos que, al precio de penas y dificultades sin número, han desmontado el campo del trabajo teosófico.

Así pues, la condesa de Wachtmeister ha sido uno de estos obreros de primera hora; con una devoción y un celo infatigables y una energía que imponía la admiración, se multiplicaba, superando los obstáculos, despreciando la fatiga, dando sin cesar el ejemplo del sacrificio.

Ella me decía en determinada ocasión.—Ya hay muchos años de esto.—«Yo puedo afirmar que jamás he perdido oportunidad de trabajar por la Teosofía». Estas palabras no deben ser olvidadas, porque nosotros sabemos, nosotros los teósofos, que las ocasiones de servir á la Causa si no se cogen en el momento en que se presentan, se transformarán en obstáculos y en dificultades ante nuestros pasos.

Más de un ejemplo se nos ha ofrecido por la vida de la condesa de Wachtmeister, puesto que ella ha sido, antes que todo, una mujer dedicada al deber. Con razón ó sin ella, si su

conciencia le imponía un deber, no sentía ni por un momento la tentación de sustraerse á él.

Aquellos que la han conocido en su edad avanzada, con sus cabellos tirados atrás, tan sencilla, casi ascética en su vestir, dudarían de que ella hubiese sido una gran mujer de mundo allá en los días de su juventud.

Esposa del embajador de Stocolmo y extremadamente rica, ella daba sus fiestas en la Corte, rayando en la vanidad sus tocados y sus diamantes. Una señora que la conoció en aquel tiempo, la baronesa X, me dijo que la condesa de Wachtmeister tenía la reputación de ser lo más vanidosa, frívola é indiferente, con relación á las cosas del espíritu.

Aun no había llegado su hora; pero llegó.

La prueba sombría llama á su puerta dejándola viuda.

La sed de lo misterioso ignorado, de una fe basada en el conocimiento, la sed de consuelos que el mundo no puede ofrecer, se despierta en ella, devoradora, inextinguible, y desde entonces consagra su vida á la busca de la verdad. Durante dos años estudia el espiritismo (los de 1870 y 1871); multiplica las sesiones de prueba, experimentando con unos 50 *mediums*. Ella misma, siendo psíquica por naturaleza, poseía determinada suerte de mediumnidad, y al encontrar en el espiritismo —al lado de experiencias realmente interesantes— numerosas y amargas decepciones, se dió cuenta del daño de tales experiencias. Algunas de sus impresiones relativas á las mismas se relatan en un pequeño folleto intitulado: *El Espiritismo á la luz de la Teosofía*, folleto que está casi extinguido.

En 1881 tuvo noticia de la teosofía y se afilió á la Sociedad Teosófica; pero no fué sino en el año 1884, en que conoció á la señora Blavatsky, cuando se adhirió apasionada y definitivamente á nuestras ideas.

Sus primeros esfuerzos tuvieron por objeto el combatir aquella mediumnidad pasiva que había desenvuelto en el curso de sus investigaciones sobre el espiritismo. Se ejercitó entonces en conquistarse una voluntad fuerte y positiva, con tan buen resultado, que llegó á poder comprobar algunas veces, determinadas funciones orgánicas, de igual manera que lo hacen los Hathayoguis. Su psiquismo natural, empleado en

otras direcciones, la condujo al desenvolvimiento de una clarividencia que, si es verdad que se atenuó con la edad hasta concluir por desaparecer, no dejó por eso de ser el venero de las más interesantes observaciones, sobre todo en la proximidad de la señora Blavatsky. Porque la condesa Wachtmeister vino á ser una de las discípulas de esta señora, y vivió cerca de ella en l'avenue Road, de la cual han conservado cuantos le han sido fieles tan gratos recuerdos. Ella tuvo de antemano el privilegio de pasar con su instructora algunos meses en Wurtsbourg, en Alemania, donde se retiró para escribir la *Doctrina Secreta*.

Los recuerdos que se relacionaban con aquella morada fueron los más gratos para nuestra amiga... Se complacía en evocarlos—y habla de ellos en un libro intitulado: «*Reminiscencias of H. P. Blavatsky and of the Secret Doctrin*».— Porque, no solamente pudo verificar fenómenos curiosos, hasta el de recibir ella misma, cierto día, un mensaje precipitado de su Maestro—sino que, le fue posible también constatar los lados admirables del carácter de H. P. B., objeto de tan amargas críticas, y tuvo la ocasión de admirar su firmeza indomable, su espíritu de sacrificio, ... mayormente habiendo pertenecido á la escuela ruda, ... en ocasiones inflexible, de aquel gran Instructor, y por lo mismo restringida á una verdadera sujeción.

Para dar un ejemplo de ello: el departamento de H. P. Blavatsky, en Wurtsbourg, era comfortable, pero muy pequeño; la condesa compartía su alcoba. Ahora bien, para ella, acostumbrada al aire libre, á la higiene, era una verdadera prueba la de dormir en esta atmósfera sofocante, con frecuencia ahumada, puesto que H. P. B., como buena rusa, tenía continuamente un cigarrillo en la boca. La condesa era correcta, puntual, puntual hasta dar en la exageración; pues en Wurtsbourg almorzaba y comía á horas distintas, y vivía en medio del más bello desorden. Esta era una de las menores pruebas que la Sra. H. P. Blavatsky hizo sufrir á su discípula, porque ella empleaba este sistema para doblegar los caracteres y formar ocultistas. Casi todos sus discípulos—aquellos, por lo menos, que vivieron en su intimidad—pasaron por pruebas análogas apropiadas á sus temperamentos.

La señora Wachtmeister se adhirió apasionadamente á su Instructora. Naturaleza firme, propensa á dar en los extremos, tan pronta para dar cabida á las antipatías como á la absoluta devoción, ella no perdonaba á los detractores de la señora Blavatsky. Afligida tuvo conocimiento de los ataques de la «Society for psychical Research». Después de la muerte de H. P. B., la que fué una de las grandes pesadumbres de su vida, asistió á los debates angustiosos del asunto Judge, y escribió un librito en que daba testimonio de las nobles cualidades de la señora Annie Besant, atacada por Judge, y repetía en él las palabras que la señora Blavatsky le había dicho, palabras que designaban á la señora A. Besant como su sucesora espiritual en la S. T. (1)

Renacida la calma, renovó la condesa su trabajo con ardor dando conferencias en los países en que se hablaba el inglés; —y, en fin, hasta en la misma Francia, en su francés incorrecto y pintoresco, supo hacerse escuchar. Uno de sus empeños era el de ayudar á las Secciones nacionales en sus primeros pasos, tanto llevándoles su apoyo moral comò su ayuda material; muy rica, ella daba sin contar para aquello cuya necesidad se hacía sentir; pero daba con discernimiento, y favorecía á las colectividades más bien que á los individuos. Todo lo que economizaba de sus rentas—¡Dios sabe cuán sencillamente vivía ella!—se convertía en dádivas para la propaganda, fundaciones de bibliotecas en diversas secciones, envíos de libros, ayuda á las Ramas de nueva creación.

Y ahora es la apropiada ocasión de revelar lo que la Sociedad Teosófica de Francia le debe á la condesa de Wachtmeister. En 1898, llegó ella á París—á su vuelta de América con el *brahmin* Chaterji. Entonces no existía en nuestra capital sino un pequeño núcleo teosófico; el comandante Courmes se encontraba en ella de antemano; mas el Dr. Pascal se apresaba para embarcarse para las Indias. La única Rama parisienne, la Rama Ananta, contaba con algunos elementos profundamente consagrados, entre otros su Presidente Gillard;—pero se carecía de los medios con qué hacer una propaganda activa.

(1) «H. P. B. y la presente crisis en la S. T.» — (Comunicada solamente á los M. S. T.)

Las admirables conferencias de Chaterji promovieron entre determinado número de sus auditores—ya preparados para tales ideas—un interés muy apasionado y aspiraciones intensas hacia el ideal teosófico. Pero entonces fué la condesa de Wachtmeister la que con su autoridad, y su fuerza de persuasión, precipitó las adhesiones á la Sociedad Teosófica. Nosotros no ingresamos allá más que siete ú ocho, si yo no me equivoco, casi todos amigos. Pero otros amigos fueron arrasados, siguiendo el ejemplo, y un nuevo impulso le fue dado al movimiento teosófico en Francia. La condesa vino á pasar algún tiempo entre nosotros, para ayudarnos en el invierno siguiente.

En otra de las conferencias regulares que se daban por el comandante Courmes, tuvimos nosotros reuniones periódicas, en la avenida Montaigne, durante las cuales respondía nuestra amiga con una calma imperturbable á las cuestiones más extrañas. Nosotros, y nuestros invitados, teníamos tal sed de aprender!

Esta medalla tenía su reverso. La excelente señora, que era nuestro huésped, pretendía incitarnos á efectuar una propaganda algo... americana. Los primeros ensayos no resultaron del todo afortunados, y nosotros procuramos demostrarle la extorsión que tal proceder podría acarrear á la Teosofía. Ella concluyó por adherirse á nuestras razones, y cada vez que comenzaba á decirnos: «Es preciso hacer esto ó aquello,» añadía vivamente... «si eso puede dar buen resultado en Francia; por mí misma, yo, no soy buen juez».

Al siguiente año volvió el doctor Pascal de las Indias, y fue sorprendido del progreso realizado durante su ausencia. Siete Ramas existían entonces en Francia: las unas funcionando ya, las otras en formación. La señora Wachtmeister había fundado por sí misma tres en provincias. Por consecuencia, existía la posibilidad de fundar una Sección francesa autónoma, aunque subordinada á Adyar (la S. T. de Francia actual.) La condesa fue la que con mano fuerte nos condujo á ese punto decisivo. Los miembros más antiguos, el doctor Pascal, el comandante Courmes, M. M. Gillard, Bailly, Renard, Tourniel, etc., y algunos miembros que después han dejado la

S. T., se encontraron con nosotros en *l'avenue Montaigne*, y yo ví entonces á la condesa intervenir en los debates con su autoridad, y hasta con cierta solemnidad para hacer el elogio del doctor Pascal, el cual designaba á nuestros sufragios como llamado á ser el Secretario General de la Nueva Sección.

Pero no bastaba con un Secretario General: hacía falta toda una organización: una oficina, un comité, un local destinado á ser la sede de la S. T.; y se carecía de dinero. Entonces, á los donativos ofrecidos por unos y otros, se agrega una generosa ofrenda de la condesa Wachtmeister.

La excelente mujer, participó, como se ve, en la fundación de nuestra Sección francesa, por la que siempre se interesó, viniendo á pasar frecuentes temporadas en París, siguiendo así de cerca nuestras actividades. Ella se creó muchas amistades entre nosotros.

En los últimos años de su vida, muy avanzada, atacada de una enfermedad del corazón, cesó de efectuar sus vueltas teosóficas.

«Esto no es ya para mi edad, decía ella; es preciso dejar el campo á los jóvenes».

Su salud necesitaba un clima más suave, y fué en California donde dejó su cuerpo físico, en septiembre último.

Si yo he hablado de ella tan largamente en este boletín nacional, es porque ha participado en el despertar del movimiento teosófico en Francia; es porque nos ha prestado su ayuda material, así como su apoyo moral, como la autoridad de su nombre de antigua discípula de Mme. Blavatsky. Yo quería llamar la atención sobre ella, para demostrar su derecho al homenaje afectuoso y al reconocimiento de sus miembros.

En cuanto á la condesa Wachtmeister, en un porvenir lejano, sin duda alguna, vendrá á ponerse á servicio de la Causa que le era tan querida. Sin duda alguna, bajo otra forma, más rica en experiencias, más rica todavía en el poder de ayudar y en la abnegación, trabajará ella con nosotros en la propagación del noble ideal teosófico, por el cual se quiere vivir, por el cual se sabrá morir.

AIMÉE BLECH

Traducción de T. P.

Por qué hemos olvidado nuestras vidas pasadas

CUANDO se habla de la reencarnación, la pregunta que con más frecuencia se oye es la de: «si yo he estado aquí antes, por qué no lo recuerdo?» Una ligera consideración de los hechos contestará la pregunta.

Ante todo, observemos el hecho de que, de nuestra presente vida, más es lo que olvidamos que lo que recordamos. Hay muchas personas que no pueden recordar el haber aprendido á leer; y sin embargo, el hecho de que pueden leer, prueba que han aprendido. Hay incidentes de nuestra niñez y de nuestra juventud que se han borrado de nuestra memoria, y que sin embargo han dejado marcadas huellas en nuestro carácter. Se olvida una caída en la niñez y la víctima no por eso es menos coja. Y esto ocurre, aun cuando nos estamos sirviendo del mismo cuerpo en que se experimentaron los acontecimientos que se han olvidado.

Estos acontecimientos, sin embargo, no están completamente perdidos para nosotros: si una persona es sumida en trance mesmérico, pueden atraerse de las profundidades de la memoria; están sumergidos, no están destruidos. Enfermos de fiebre han usado, en el delirio, de un idioma que conocieron en la niñez y que habían olvidado en la edad madura. Mucha parte de nuestra sub-conciencia consiste en esas experiencias, sumergidas en la obscuridad del pasado, pero recuperables. Si esto es cierto, tratándose de experiencias que se han adquirido con el cuerpo actual, cuánto más cierto no deberá ser esto respecto de experiencias alcanzadas en cuerpos anteriores que murieron y se aniquilaron muchos siglos ha. Nuestro cuerpo

y cerebro presentes no han tomado participación en esos acontecimientos tan remotos; ¿cómo podría, pues, la memoria, darse cuenta de sí misma en el trance de aquéllos? Nuestro cuerpo permanente, el que nos acompaña en el ciclo de reencarnaciones, es el cuerpo espiritual; las vestiduras inferiores se desprenden y vuelven á sus elementos antes de que podamos reencarnar.

Las nuevas materias mental, astral y física, de que somos revestidos para una nueva vida en la tierra, reciben de la inteligencia espiritual, que no trae más vestidura que el cuerpo espiritual, no las experiencias del pasado, sino las cualidades, las tendencias y capacidades que han alcanzado de esas experiencias. Nuestra conciencia, nuestro responso instintivo á los llamamientos emocionales é intelectuales, nuestra comprensión de la fuerza de un argumento lógico, nuestro asentimiento á los principios fundamentales del bien y del mal, son rasgos de nuestras experiencias pasadas. Un hombre de un tipo bajo de intelectualidad no puede *ver* una prueba lógica ó matemática; un hombre de un bajo tipo de moral no puede *sentir* la fuerza compulsiva de un elevado ideal de moralidad.

Cuando un sistema filosófico ó una ciencia se abarca y se aplica con presteza, cuando se domina un arte sin estudiarlo, la memoria está allí ejerciendo su poder aun cuando se hayan olvidado los hechos pasados del aprendizaje; esto, como decía Platón, es la reminiscencia. Cuando deseamos intimar con un extraño que encontramos por primera vez, la memoria se encuentra allí, el espíritu reconoce al amigo de siglos pasados; cuando nos extremecemos y retrocedemos con gran repulsión de otra persona extraña, también allí se halla la memoria; el espíritu reconoce á un antiguo enemigo.

Estas afinidades, estas repulsiones, provienen de la impeccedera inteligencia espiritual, que es nuestro yo; nosotros recordamos, aun cuando, empeñando el cerebro, no podemos imprimir en él nuestro recuerdo. El cuerpo mental y el cerebro son nuevos; el espíritu proporciona á la mente los resultados del pasado; no la memoria de sus acontecimientos. Así como el comerciante, al cerrar sus libros cada año, abre otros nuevos en los que no anota todos los detalles de los antiguos,

sino únicamente sus saldos, así, el espíritu, trasmite al nuevo cerebro sus juicios sobre las experiencias de una vida que se ha clausurado, las conclusiones á que ha llegado, las decisiones que ha sacado en limpio. Este es el capital que aporta á la nueva vida, el mueblaje mental para su nueva morada: la memoria de lo real.

Ricas y variadas son estas memorias en los hombres altamente evolucionados; y, si se comparan con la que posee un salvaje, se ve patentemente el valor de tales memorias del pasado. No hay cerebro que pueda almacenar recuerdos de los acontecimientos de numerosas vidas; cuando éstos se han sintetizado en juicios mentales y morales son de provecho en la práctica: centenares de asesinatos nos han llevado á la decisión de «yo no debo matar»; el recuerdo de cada asesinato sería una carga inútil, pero el juicio que se forma, basado en sus resultados, el instinto de lo sagrado de la vida humana, es la memoria efectiva de ellos en las personas civilizadas. Sin embargo, á veces se encuentra la memoria de los acontecimientos pasados; los niños, de vez en cuando, tienen visiones rápidas de su pasado, traídas á la memoria por algún acontecimiento del presente. Un muchacho inglés, quien había sido escultor, lo recordó cuando por primera vez vió unas estatuas; un niño indio reconoció un arroyo en el cual se había ahogado él mismo siendo muy niño en una vida precedente, y la madre de aquel cuerpo anterior. Se registran muchos casos de tales recuerdos de acontecimientos pasados.

Hay más aún, tal memoria se puede obtener. Pero el lograrlo es asunto de un esfuerzo asiduo de prolongada meditación, por la cual, la mente, que nunca se halla en reposo, volando siempre hacia atrás, puede ser dominada y reducida á la quietud, y de esta manera llegar á ser sensible y capaz de responder al espíritu y recibir de él la memoria del pasado. Solamente cuando alcanzamos á oír la tranquila y pequeña voz del espíritu es cuando se puede descubrir la historia del pasado, pues sólo el espíritu puede recordar y enviarnos los rayos de su memoria para alumbrar la obscuridad de la efímera naturaleza inferior á la cual se encuentra él temporalmente ligado.

La memoria es posible bajo tales condiciones; se ven los lazos del pasado, se reconocen los antiguos amigos, se recuerdan antiguas escenas, y una energía y una calma sutiles é íntimas brotan de la experimentación práctica de la inmortalidad. Las penas presentes se alivian cuando se miran en sus justas proporciones como acontecimientos triviales y transitorios en una vida sin fin; los placeres del presente pierden su brillante colorido cuando se miran como repeticiones de pasados goces; tanto los unos como los otros se aceptan igualmente como experiencias útiles que enriquecen la inteligencia y el corazón y que contribuyen al desarrollo de la vida aún no desenvuelta.

No es, sin embargo, sino hasta que los placeres y penas se han visto á la luz de la eternidad que puede afrontarse con seguridad el cúmulo de memorias del pasado; cuando se han mirado así, entonces esos recuerdos calman las emociones del presente, y lo que de otra manera sería abrumador se torna en apoyo y consuelo. Goethe gozaba considerando que á su regreso á la vida terrena se encontraría exento de sus recuerdos, y personas de menos valer que él podrían contentarse con la sabiduría, que cada nueva vida les pone en su camino, enriquecida con los resultados, pero descargada de los recuerdos de su pasado.

ANNIE BESANT

(Traducción de Jaime Fernández J.)

*
* * *

Teosofía y Ciencia

(Continuación)

DÍCENOS «Lucrecio» que hoy no se aceptan los dogmatismos sin pruebas, y precisamente ese es uno de nuestros conceptos; por tal razón le ponemos reparos á la tendencia científica, que pretende imponernos *el dogma* de que las causas, los orígenes de las cosas, *lo metafísico*, se halla fuera de los límites de la investigación, sin apoyar sus pretensiones en otra prueba, que en la efímera de negar lo que voluntariamente desconoce, porque abierto tiene el campo de esa clase de estudios, como lo hemos tenido nosotros.

En cuanto á los alquimistas, tuvieron bien cuidado de ocultar entre sus Iniciados lo más elevado de sus conocimientos, para que las masas humanas no los aplicaran á su propia destrucción. En tanto que los hombres no eleven á la altura conveniente sus instintos y tendencias morales, deben contentarse con aplicar los descubrimientos de la Química, tales como la dinamita, la melinita y tantas otras sustancias explosivas, con las cuales irá dando buena cuenta de sí y de los que se hallan á su alcance; ó con el portentoso desarrollo de la mecánica con la cual se crean cada día mayores conflictos entre el trabajo y el capital, produciendo, como consecuencia, ese régimen del *trust* que es característico de los países civilizados y que ha reducido á la mayor parte del género humano á la condición de verdaderos esclavos, aun cuando por medio de tales maravillas se apresure el adelanto material. Con los más insignificantes descubrimientos de la Alquimia se echaron

los cimientos de la Química. No se retrocede en el progreso; pero éste tiene sus noches. Dichoso el que se capacite para entender el *Ars magna* de Raimundo Lulio.

En cuanto al tercer objeto de la Sociedad Teosófica, crea el señor Lucrecio que no podría llevarse á cabo, por mucho que él lo desee, en los laboratorios químicos, biológicos y psicológicos.

La vida y el alma no caen bajo el dominio de los instrumentos de que en ellos se dispone. Por lo demás, no negamos los teosofistas la importancia de esas especulaciones en cuanto se refiere al círculo que les es propio, y vemos con satisfacción de qué manera bordean los investigadores las orillas del gran mar de la verdadera ciencia, y cómo una tras otra, van aceptándose sus antiguas enseñanzas.

Sostengo lo dicho respecto á las investigaciones espiritistas, cuando ellas son realizadas por quienes pueden hacerlo con las capacidades y pureza de miras requeridas, como lo han efectuado, entre otros, sabios tan eminentes como lo son William Crookes, Zollener, Aksakoff, Chiaia, Gibier, Lombroso y como lo está efectuando actualmente, en nuestro país, el eminente profesor Reichel, confirmando lo que desde la más remota antigüedad era bien conocido. Las comprobaciones efectuadas por esos sabios permanecen en pie, á pesar de las argucias que hace poco vienen empleándose con el fin de desautorizarlas.

Intencionalmente he dejado el gran argumento de las leyes descubiertas por Newton y Copérnico, para terminar este artículo.

Es bien sabido que Copérnico y Galileo volvieron á encontrar el hilo de conocimientos enseñados en la India, en Persia y en Egipto muchos siglos antes, los cuales fueron perdidos en la noche de la Edad Media. Fueron éstos la rotación de la Tierra, la teoría heliocéntrica y el movimiento de los mundos de nuestro sistema. (Véase «De facie lunæ», pág. 922, Plutarco).

Diógenes Laercio refiere el hecho de que en los tiempos de Velo (India) encontró Pitágoras representada la Corte sideral giratoria, por esferas color de zafiro, etc., y que en Ecbatana (Persia) pudo ver la inmensa máquina que tanto

considerados locos con tanta y tan superficial ligereza, porque han despertado en sí cualidades de percepción muy superiores á las que se hallan al alcance, en vidas sucesivas de todos los hombres de buena voluntad, que esos locos y los que han sido como ellos, son los que mayor impulso han prestado siempre á las ciencias. A William Crookes, por ejemplo, le deben las bases fundamentales de algunos de los más grandes descubrimientos modernos; y si esto es así, con esos locos me quedo admirando esa cualidad que les capacita para ser tan útiles en todos sentidos al humano adelanto.

La ciencia llamada positiva no se abstiene de negar lo que ignora, como Lucrecio afirma, sino que niega y anatematiza y vitupera y esto es lo que tiene de injusta y pretenciosa.

En cuanto á lo de lograr formar el embrión humano, déjelo el imparcial Lucrecio en suspenso hasta que la Ciencia positiva lo autorice con su fallo supremo, y aquí cabe repetir *«muy largo me lo fiais»*.

Y volviendo al concepto que del Arte tuvieron los pueblos del Antiguo Oriente, afirma Lucrecio que no encuentra mayor mérito en su literatura, y funda su afirmación en lo que dice haber leído del Mahabarata y el Ramayana. Esta afirmación me produce el efecto de alguien que sabiendo el inglés necesario para atender medianamente á sus relaciones comerciales, pretendiera juzgar la literatura inglesa por haber tratado de entender un poema de Shakespeare. Para juzgar las obras de la antigua literatura aria, hay que buscar las obras, los juicios y comentarios de los sanscritistas, de preferencia los orientales que son los más capacitados para penetrar en el sentido aquella lengua madre. Muchas de las mejores obras de esta vasta literatura han sido traducidas y comentadas por personas de alta competencia y allí puede Lucrecio buscar mejor información, y no dudo que cuando lo haya hecho, su sinceridad y su alta competencia de literato sabrán rectificar su infundado juicio actual. Me permito recomendarle que lea nuevamente el destierro de Ranue, del Ramayana; el rapto de Sita, que fué modelo imitado por la Grecia en los cantos prehoméricos que culminaron con la Iliada; el episodio de Sakuntala y sobre todo el Bhagavad Gita inimitable, del cual hizo

el más notable hombre público de Costa Rica, ya muerto y muy querido de Lucrecio, esta lacónica crítica: «Esto... Lo Eterno!»

Pero aun cuando le fuera imposible á Lucrecio conocer la literatura de los pueblos arios, debería bastarle para formarse una idea de la altura que alcanzó el arte en aquellas razas, la incomparable grandeza de sus monumentos, como lo atestiguan las ruinas de Magkon Vat, de Edfu, de Elefanta, de Ajanta, que son consideradas por los conocedores como obras maestras no igualadas jamás, aunque no ha faltado crítico que haya atribuido un origen helénico á esas maravillas, lo que equivaldría al absurdo de afirmar que lo antiguo procede de lo moderno.

Sigue Lucrecio en su crítica el sistema tan cómodo, seguido por muchos que se consideran á sí mismos como representantes de la ciencia: negar, negar siempre lo que no se puede ó no se quiere comprender. Por esto creo muy oportuno recomendar á su ilustrada consideración el pensamiento de Narada, el antiguo filósofo indo, ya citado por mí en otra ocasión: «hay que estudiar para saber, saber para comprender y comprender para juzgar».

ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ

*
* * *

De «Le Theosophe» correspondiente al Miércoles 1º de Febrero.

Nuestra información sumaria acerca de Dios

PROSEGUIMOS publicando las respuestas que se nos vienen remitiendo por aquellas grandes personalidades á las cuales nos hemos dirigido, y que nos hacen el honor de darnos su opinión respecto del concepto Dios. Nosotros les damos las gracias más expresivas.

Pueden verse en el presente número las respuestas de MM. Mistral, Vincent d'Indy, Gabriel Monod, R. Poincaré.

«He aquí las cuestiones propuestas»:

1º—*¿Qué concepto es el vuestro respecto de la idea de Dios?*

2º—*¿Dios es solamente un nombre sin sentido llamado á ser borrado de las lenguas humanas? ó bien ¿podría darse de este nombre una definición que satisfaga á la razón y al sentimiento?*

3º—*¿Cuál sería vuestra definición, dado caso que admitáis esta alternativa?*

M. EDUARD SCHURE

EL RENACIMIENTO DE LA IDEA DIVINA.

«Vuestra información acerca de la idea de Dios, me recuerda una anécdota que me fué antaño contada.

»Habrà transcurrido una cuarentena de años, desde que M. Paul Janet, profesor en la Sorbona, y filósofo espiritualista

de la escuela de Cousin, le llevó á M. Francois Buloz, fundador y director de *La Revue des Deux-Mondes*, un estudio, intitulado «Dios». M. Buloz rehusó el artículo con las siguientes palabras: «Dios es un artículo fuera de moda».

Bien pudo suceder que el artículo en cuestión fuese escrito en estilo un poco tierno, y algo seco, como todo aquello que ha salido de la pluma del estimable pensador. Y, por cierto, no es la menos característica la respuesta de Buloz con relación á una época en que triunfaba el agnosticismo en toda la línea, y en la que el materialismo dominaba por completo. La palabra de orden, entonces, era la de explicar el espíritu por la materia, el alma por el cuerpo y suprimir el concepto divino de la ciencia, y aun de la filosofía. Nosotros no concurrimos con tales direcciones actualmente. *La ciencia ha reconocido sus límites*, y la humanidad la insuficiencia del análisis para alcanzar la verdad trascendente. En el orden psicológico, se encuentra ella frente á fenómenos tales como la telepatía y la clarividencia, que demuestran una acción del espíritu independiente de los sentidos—lo que supone el alma. En la biología, se ha sentido ella incapaz de relacionar la vida y sus múltiples fuerzas con las fuerzas químicas—lo que implica un principio vital desconocido. En la física misma ha llegado ella en sus hipótesis á no poder concebir los átomos sino como electrones. Ahora la electricidad se considera cerca del espíritu. En fin, en el radium, ha creído ella apercibir, no sin temor, el rayo de una fuerza universal é infinita y como un fulgor de lo Divino. La idea de los alquimistas, á saber, la idea de la transmutación universal de la materia, que retrae todos los cuerpos simples á una substancia única é imponderable, ha vuelto á ser acogida, actualmente, por cierto número de eminencias científicas.

Siguiendo á todas estas inquietantes constataciones, vemos centellear algo desconocido é ignorado, de inmemorial y familiar; es algo así como una fosforescencia de lo Divino en los abismos de la materia. Dios, fantasmagoría de la consciencia humana para la filosofía materialista, vuelve á entrar en escena por la puerta real de la ciencia, y aquella que debía determinar su decadencia se encuentra á punto de volverlo á restaurar.

Pero, ¿cómo definir el Dios del Universo? Nos parece bueno llamarle el Espíritu eternal é infinito, la Causa de las causas, La Fuente inagotable del espacio y el tiempo, la Razón divina de la razón humana; pero su naturaleza se nos escapa. No se puede negar el Infinito; pero, ¿quién lo abarcará? Por lo tanto es preciso distinguir entre Dios en potencia, en el Infinito, y Dios en acto, en una esfera dada. El primero es insondable é incognoscible. El segundo es perceptible en sus atributos. En todos los tiempos le han llamado los iniciados lo primero «el Padre», y lo han representado por un punto en el centro de un círculo. Ellos le han llamado «el Hijo», porque él es su manifestación en la vida, designándole por el doble triángulo entrelazado, uno de los cuales tiene su punta hacia lo alto y el otro hacia bajo, lo que representa la involución del Espíritu en la materia, y la evolución de la materia hacia el Espíritu. «El Infinito es una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna» ha dicho Pascal. Esto es aplicable al Dios no manifestado, al Padre. «Nadie ha conocido jamás al Padre sino por medio del Hijo» dijo Jesucristo. Esto se aplica al Dios manifestado, al Verbo creador.

Mas ¿de qué manera conocer este Verbo? La contemplación del universo nos revela una gerarquía de fenómenos, ó de efectos superpuestos. Si contemplamos el cielo, allí está la misteriosa y grandiosa armonía de la inmensa armada estelar. Si miramos la tierra, en ella se hallan los cuatro reinos: el mineral, el vegetal, el animal, que confinan con el reino humano, es decir con nosotros mismos. Pero, por más espléndido que sea, este universo visible, es tan sólo una manifestación del Verbo; no es el Verbo mismo. Más allá de esta gerarquía de efectos materiales, existe una gerarquía de causas espirituales, de fuerzas cósmicas. Ellas son el mundo invisible; son los dioses, ó como les llama el Génesis: Dios-los-Dioses (Eloha-Elohim). Ellos no son accesibles más que al genio ó á la iniciación; es decir, á la evidencia espontánea ó al sabio; pero todo el mundo puede sentirles, comprenderles, hacerles vivir en sí, cada cual según su fuerza. Un hombre, un pueblo, una civilización, no valen sino en la medida que ellos tienen de poder manifestar lo Divino.

Uno de los errores de nuestra época es el de creer que puede llegarse al conocimiento de las cosas sólo por medio de la inteligencia y por la razón abstracta. La verdad no es un simple cálculo ni una fría constatación. Ella resulta de un esfuerzo que semeja una suerte de creación. Ella requiere (exige) el concurso de todas nuestras facultades: inteligencia, alma y voluntad. Nosotros no comprendemos, no poseemos, á decir verdad, sino lo que podemos á la vez contemplar, sentir y querer en lo más íntimo de nuestro ser y de nuestra más secreta energía.

Por consecuencia de ello, con arreglo á los libros sagrados de los pueblos, emanados de profetas é iniciados, no son los filósofos, sino los grandes poetas los que han hablado mejor de Dios y de lo Divino. Escuchad por ejemplo la profesión de fe de Fausto á Margarita en la obra capital de Gœthe:

«¿Quién, á su conciencia fiel, puede decir «en Dios creo?» Quién sin audaz devaneo, dirá «yo no creo en El?» Si Dios todo lo creó, si es quien lo mantiene todo, ¿no estamos, en cierto modo, en El El mismo, tú y yo? ¿Ves el azul firmamento doblar su bóveda? ¿Ves cual se extiende á nuestros pies la tierra, firme en su asiento? ¿Ves las brillantes estrellas cual siguen eternamente su carrera, en nuestra frente vertiendo sus luces bellas? ¿Sientes mis ojos clavados en tus ojos soñolientos, y todos los elementos en tu ser reconcentrados; y en círculo halagador, con misterio indefinible, lo visible y lo invisible girando á tu alrededor? Pues bien: del alma afanosa sacia el hidrópico anhelo en ese raudal del cielo, y cuando sientas, dichosa, que se calma tu ansiedad en deleite sin medida, llámale ventura y vida y amor y divinidad. A ese bien, de ningún modo hallo palabra adecuada: el nombre no importa nada; el sentimiento es el todo: pues la palabra mejor humo es, que empañá y altera, cual pábilo de una hoguera, su celestial resplandor».

Estos acentos sublimes, este lirismo del alma consciente de lo Divino, expresan maravillosamente la fusión completa del sentimiento, de la inteligencia y la voluntad. El análisis exclusivo ha desecado el alma y agotado las fuentes de la vida; pero, todo anuncia un renacimiento prodigioso de lo Divino,